

Y después de todo esto, tener que convenir que desde el valle al monte, la tierra es el destrozo de esa maldad que se llama religión, de esos curas sin bondad, sin razón ni piedad, cuyo horizonte no es más que sombra.

MIRABEAU SEGUN VICTOR HUGO

En el año 1781 entablábase en Francia un serio debate en el seno de una familia entre un padre y un tío. Tratóbase de un calavera de quien ya no sabía que hacer aquella familia. Fuera ya del primer período ardiente de la juventud, y sin embargo todavía sumergido enteramente en el frenesí de la edad más apasionada, abrumado de deudas, perdido de locuras, se había aquel hombre separado de su mujer, y arrebatando la de otro; había sido condenado a muerte y decapitado en efigie por este hecho, habíase fugado de Francia; y acababa de llegar de nuevo, enmendado y arrepentido, decía él, pidiendo entrar otra vez en su familia y volver a vivir con su esposa. Deseaba el padre esta concordia, esperando tener nietos y perpetuar su nombre, con la esperanza no obstante de ser más feliz como abuelo que como padre; pero el hijo pródigo tenía treinta y tres años. ¿Quién había de encargarse de enderezar la espina dorsal de un tal carácter? Originóse de ahí una gran controversia entre sus viejos e íntimos parientes. Quería el padre entregarle el tío, y el tío dejarlo al padre.

—Tómale, decía el padre.

—No: no, decía el tío.

—Demos desde luego por cierto, replicaba el padre, que este hombre nada vale, enteramente nada. Tiene gusto, charlatanismo, acción, turbulencia, atrevimiento, en el mando, ni duro ni odioso, y a veces tiene dignidad. Y bien, todo esto no sirve más que para poner de manifiesto su inconstancia, su imprevisión; niño papagayo, hombre abortado, que no conoce lo posible ni lo imposi-

ble, ni el bien ni el mal estar, ni el placer ni la pena, ni el reposo ni la acción, y que desde el instante en que las cosas resisten se embravece y se lanza. Pienso no obstante, que podría llegar a ser un excelente mueble tomado por el mango de la vanidad. Estoy seguro de que no se escaparía. Por mi parte no le escaseo los sermones.

—Héte aquí pues, contestaba el tío, merced a tu *manía* de posteridad, ocupado en regentar un pollito de treinta y tres años; cosa muy terrible es querer encargarse de tornear un carácter que se parece a un animal con muchas puntas y no ofrece asidero.

El padre insistía.

—¡Apiádate de tu sobrino! confiesa todas sus tonterías; pero es imposible tener más concepción y agudeza que él. Es un rayo para el trabajo y el despacho, bien mirado todo, no debes atender a la edad, y no es más raro ver a un hombre de sesenta y seis años como yo, aunque encanecido por las adversidades, lograr el cansancio de un joven con ocho horas de marcha y de gabinete, que el ver a un tonel hinchado y serlo decir *papá* y no saber gobernarse. Tiene una inmensa necesidad de ser dirigido. El mismo lo conoce. Es necesario que le tomes a tu cargo. No ignora que siempre fuiste mi piloto y mi norte, y que debes continuar dirigiéndonos. Se envanece de ser tu sobrino. Te lo entrego.

—No, decía el tío; no ignoro que los sujetos de cierto temple saben por algún tiempo echarla de dóciles; y el mismo, cuando vivía a mi lado, se ponía como una tímida muchacha por poco que yo arrugase el entrecejo. Mas no quiero tenerle conmigo; ya no tengo edad ni de humor para luchar con lo imposible.

—¡Oh! ¡hermano! continuaba el anciano en tono de súplica, si esta criatura puede ser recosida, no puede serlo más que por tí. Tómale, sé para él bueno a la par que firme, y lo salvarás, y él será tu obra maestra. Que llegue a conocer que debajo un exterior severo y frío, habita el hombre mejor que jamás haya existido. Háblase al corazón: *tu es omnes spes et fortuna nostri nominis!*

—Nada, replicaba el tío. No diré que al fin y al cabo sea un crimen tan grande el que ha cometido. No tiene tanta importancia, que digamos. Una mujer joven y linda va a encontrar a un joven de veinte y seis años. Y ¿cuál es el joven que no recoge esa mercancía en su camino si se le viene a la mano? ¡Pero es un espíritu alborotado, orgulloso, insubordinado! ¡un temperamento malo y vicioso! ¿cómo encargarme de él? No hay duña que es seductor, que es el sol en su oriente; motivo de más para no exponerme a ser su víctima. Los jóvenes siempre tienen razón contra los viejos.

—No siempre pensaste así, respondía tristemente el padre.

—Sí, argüía el tío, y tu me decías: *cuidada*, desconfía de su pico dorado.

—¿Qué quieres pues que haga? exclamaba el padre, no sabiendo ya que responder. Eres sobrado juicioso para ignorar que no se arranca, uno, un hijo así como un brazo. Si fuera tan fácil, tiempo hace que estaría manco. A más de que, de otros mucho más débiles y locos se ha sacado partido. De modo que, hermano, no hay más remedio que guardarle tal cual es.

—No puedo aceptártelo. Es una locura el pretender que este hombre pueda servir para algo. Lo que convendría fuera enviarle, como dice su esposa, a los *insurgentes* a que le rompan la crisma. Tu eres bueno, tu hijo es malo y debieras advertir que Ciro y Marco Aurelio hubieran sido muy dichosos, con no tener ni a Cambises ni a Cómodo.

¿No recuerda esta lectura, aquellas hermosas escenas de alta comedia doméstica, en las cuales la gravedad de Molière casi equivale a la grandeza de Corneille? Hay en Molière algo de más sobresaliente en buen estilo y gran tono, algo de más profundamente humano y verdadero que esos dos imponentes ancianos a quienes el siglo XVII parece haber olvidado en el XVIII, como dos muestras de costumbres mejores? ¿No se nos presentan ambos preocupados y severos, acudir apoyados en sus largos báculos, recordándonos con su traje antes a Luis XIV

que a Luis XV, y Luis XIII más bien que Luis XIV? Este padre y este tío, son los dos tipos eternos de la comedia; son las dos bocas severas con que ella reprende, enseña y moraliza en medio de tantas otras bocas que no hacen más que reír.

Lo que hay de singular en el caso presente, es que la escena que acabamos de presentar es una cosa real, que este diálogo del padre y del tío se ha verificado textualmente por cartas que el público puede leer (1), es que sin saberlo los dos ancianos, en el fondo de sus graves contestaciones había uno de los hombres más grandes de la historia de Francia.

El uno de llama Víctor de Riquetti, marqués de Mirabeau. llamábase el otro Juan Antonio de Mirabeau, baltío de la orden de Malta. El pizarro del sobrino era Honorato Gabriel de Riquetti, llamado el *Huracán* por su familia en el año 1781, y hoy día por el mundo MIRABEAU.

De modo que para su familia era Mirabeau en el año 1781 un hombre abortado, una criatura dislocada, un sujeto que no sirve para nada, que merece ser enviado a que le rompan la crisma los *insurgentes*.

Diez años después, en el 1791 el día 19 de abril, todas las avenidas de una casa de la Chaussée d'Antin en París estaban atestadas de un inmenso gentío. Aquel gentío estaba consternado, silencioso, profundamente triste. En aquella casa había un hombre que estaba agonizando.

Todo aquel pueblo inundaba la calle, el patio, la escalera y antesala. Muchos estaban allí hacia tres días. Hablábase quedo y parecía que se temiera el respirar. Los que iban y volvían eran preguntados con ansiedad. Aquella muchedumbre era para aquel hombre lo que es una madre para su hijo. Los médicos habían perdido la esperanza.

A intervalos circulaban boletines, que arrancados por mil manos se dispersaban en silencio, y se oían sollozos

(1) Véanse las memorias de Mirabeau Tomo III. — (Nota del autor).

de mujeres. Exasperado un joven de dolor pedía en alta voz que se le abriese la arteria, ofreciendo la transfusión de su rica y pura sangre en las empobrecidas venas del moribundo.

Todas las personas, sin exceptuar las menos inteligentes parecían abatidas bajo la idea de que no era únicamente un hombre que fenecía, sino que quizá era un pueblo quien iba perecer.

Único, era el objeto de las conversaciones de todo París.

Aquel hombre murió.

Pocos minutos después que el médico que estaba de pie a la cabecera de la cama hubo dicho: ¡ha muerto! levantóse de la silla el presidente de la asamblea nacional y dijo: ¡ha muerto! Tan rápidamente aquel grito fatal se había propagado por la ciudad. Uno de los primeros oradores de la asamblea; el señor Barrera de Vienzac se levantó llorando y se expresó como sigue, con voz entrecortada de sollozos: «Pido que la asamblea haga constar en el acta de este fúnebre día, el testimonio del pesar que la ha causado la pérdida de este grande hombre, y que en nombre de la patria sean invitados todos los miembros de la asamblea a asistir a su entierro.»

Un sacerdote, miembro de la derecha, exclamó:

«Ayer en medio de sus dolores hizo llamar al señor obispo de Autun, y entregándole un escrito que acababa de concluir sobre las sucesiones, le pidió como última prueba de amistad que tuviese la bondad de leerlo a la asamblea. Este es un deber sagrado. El señor obispo de Autun debe cumplir con el cargo de ejecutor testamentario del grande hombre que todos lloramos.

Tronchet, el presidente, propuso una diputación para el entierro. La asamblea contestó: ¡iremos todos!

Las secciones de París pidieron que se le enterrase «en el campo de la federación, bajo el altar de la patria.»

El directorio del departamento propuso darle por tumba la nueva iglesia de Santa Genoveva, y decretar que «aquel edificio sería de allí en adelante destinado a recibir los restos de los grandes hombres.»

En vista de estas proposiciones, exclamó el señor Pas-

toret, síndico general del común: «Las lágrimas que la pérdida de un grande hombre causa no han de ser estériles. Muchos pueblos antiguos encerraron en monumentos particulares a sus sacerdotes y a sus héroes. Aquel culto que ellos tributaban a la piedad y al valor, tributémosle nosotros al amor de la dicha y de la libertad de los hombres. Que el templo de la religión se convierta en templo de la patria, que el sepulcro de un grande hombre sea el altar de la libertad.»

La asamblea aplaudió.

Barnave dijo: «Ha merecido efectivamente los honores que debe la patria, a los que la han servido bien.»

Robespierre se levantó también y dijo: No es esta ocasión, cuando de todas partes se oye el pesar excitado por la pérdida de ese hombre ilustre, quién en las épocas más críticas desplegara tanto valor contra el despotismo, no es esta, repito, ocasión para oponerse a que se le confieran honorosas distinciones. Apoyo la proposición con todo mi poder, o mejor dicho con toda mi sensibilidad.

Aquel día no hubo en la asamblea nacional ni derechas ni izquierdas, y unánimamente se decretó:

«El nuevo edificio de Sta. Genoveva queda destinado a conservar los restos de los grandes hombres.»

«Sobre el frontispicio se grabarán estas palabras:»

A LOS GRANDES HOMBRES

LA PATRIA AGRADECIDA

«Sólo, el cuerpo legislativo determinará a que hombres se tributará este honor.»

«Honorato Riquetti Mirabeau queda declarado digno de recibir esta honra.»

Aquel hombre que acababa de morir era Honorato de Mirabeau. *El grande hombre de 1791 era el hombre abortado de 1781.*

De intento hemos reunido estas dos fechas, 1781 y 1791, observado las memorias y la historia, Mirabeau

antes y Mirabeau después; Mirabeau juzgado por su familia y Mirabeau juzgado por el pueblo. Hay en ese contraste un manantial inagotable de meditaciones. Como ha sido que ese demonio de una familia en el espacio de diez años ha llegado a ser el Dios de una nación?...

II

No se crea sin embargo, que desde el instante en que aquel hombre salió de su familia, para presentarse al pueblo fuese ya aceptado *dios* de repente y por unanimidad. No es este el curso de las cosas. Por el contrario, hasta la hora de su muerte nunca hubo hombre más completamente negado en todos sentidos que Mirabeau. Cuando acudió como diputado por Aix a los estados generales, a nadie causaba envidia. Oscuro, o mal reputado, poca inquietud causaba a los sujetos de renombre; feo y mal apuesto, los elegantes caballeros sonreían al mirarle. Desaparecía su nobleza bajo un vestido negro, y su fisonomía bajo los señales de las viruelas. ¿A quién había de inspirar celos aquel aventurero infamado por la justicia, del mal cuerpo y peor cara, y a más de esto arruinado, a quien enviaba la genticilla de Aix en un momento de fiebre y por inadvertencia probablemente, y sin saber por qué? Era un guarismo insignificante en el cálculo de las ambiciones que iban a luchar.

Lentamente, mientras iba aproximándose el crepúsculo vespertino de todas las cosas antiguas, hízose al rededor de la monarquía sombra bastante, para que el esplendor propio de los hombres revolucionarios empezase a ser visible. Mirabeau comenzó a brillar. Acudió entonces la envidia a este fulgor como acuden a una luz cualquiera todas las aves nocturnas. Desde aquel momento apoderóse la envidia de Mirabeau, y ya no le dejó más. Primero, cosa que parece extraña y no lo es, lo que ella le negó fué precisamente lo que constituye la verdadera corona de este hombre en la posteridad, su genio de orador. Senda es esta que la envidia siempre sigue, siempre arroja su puñado de cieno al mejor frontis del edificio.

A más de qué, es menester convenir en que la envidia era inagotable con razones respecto a Mirabeau. *Probitas*, el orador debe ser irreprochable, el señor de Mirabeau es reprochable por todos sentidos; *prestantia*, el orador debe ser bien hecho; el señor de Mirabeau es feo; *vox amena*, el orador debe tener la voz agradable; el señor de Mirabeau la tiene dura, seca, tronando siempre y no hablando jamás; *subrisus audientium*, un orador debe ser bien acogido por el auditorio, el señor de Mirabeau es aborrecido de la asamblea, etc., y de aquí concluían muchos muy pagados de sí mismos; *el señor de Mirabeau no es orador*.

Pero muy lejos de probarlo, lo que probaban estos argumentos era: que los Mirabeau no son previstos por los Cicerones.

No era, por cierto, orador según su modo de entender la oratoria, era orador según el mismo, según su naturaleza y organización, según su alma y su vida. Era orador cabalmente por ser aborrecido, como lo era Cicerón por ser amado. Era orador porque era feo, como Hortensio lo era por hermoso. Era orador porque había sufrido, porque había errado, porque de muy joven y en la edad en que se ensanchan todas las aberturas del corazón, había sido rechazado, ajado, humillado, despreciado, infamado, escarnecido, despojado, inhabilitado, desterrado, encarcelado, condenado; porque lo mismo que el pueblo de 1789, del cual era el modelo más completo, había sido retenido en tutela mucho más allá de la edad de razón; porque su padre había sido duro con él, como lo había sido el rey con el pueblo; porque lo mismo que al pueblo, mal educado también, una mala educación le había hecho crecer un vicio en la raíz de cada virtud. Era orador porque merced a las anchas salidas practicadas por los sacudimientos de 1789, había al fin podido *extraversar* el interior de la familia, porque brusca, desigual, victioso, violento, cínico, sublime, difuso, incoherente; aun más lleno de instintos que de ideas, sucias los pies y la cabeza radiante, asemejábase a aquellos años ardientes en que tanto resplandeció, cada día de los cuales pasaba mar-